

Apuntes autobiográficos de un emigrante hispano-francés

Ángel Iglesias Ovejero



1955.

Empecé a emigrar cuanto tenía 12 años recién cumplidos. Fue el 27 de septiembre de 1955; hasta entonces apenas me había movido de Robleda, mi lugar de nacimiento. La víspera, en la confluencia del río Olleros y el arroyo de El Batán, se había presentado de tarde mi hermano Félix, que era el pastor titular del rebaño que, por circunstancias de la vida (necesidad urgente de rehacer una casa), me había ocupado yo en la primavera y el verano de aquel año, de día en los baldíos y de noche en los barbechos donde estercaba el ganado.

Llegaba con una extraña misiva que desde un año antes se esperaba, sin concretarse, y me espetó a guisa de saludo en nuestro dialecto “Ángel, váiti pa casa, que mañana te llevan pa Madriz”. Y me estrujó en un abrazo. En ese momento yo no podía adivinar que, a poco de doblar esa edad, mis avatares me llevarían a Francia, adonde ya por aquellas fechas había compañeros de escuela emigrados con sus padres. Otros lo hacían o lo habían hecho camino de Brasil. Eran tiempos de éxodos y exilios económicos, que a veces obedecían también a motivos políticos o eran consecuencia de trágicos sucesos, todavía recientes, cuyas secuelas han perdurado hasta ahora. Era mi caso.

Con el tiempo he llegado a pensar que aquel primer viaje fue para mí un segundo nacimiento, doloroso y feliz a la vez, que me puso en un destino con el que no contaba. Lo viví simbólicamente como una salida de la Baja Edad Media, que era el modo de vivir en Robleda al que visceralmente he seguido apegado en el recuerdo, para entrar en un mundo que,

por contraste, me parecía maravilloso y en el que nunca me he sentido integrado del todo, siempre en equilibrio inestable. De una tacada descubrí el coche de línea; la tenebrosa cochera de Ciudad Rodrigo (allí me despidió mi padre, más lloroso que yo, pues él no tenía más familia biológica conocida), la fachada trasera de la catedral de Salamanca (donde me aburrí un medio día eterno, junto a mi pequeña maleta, esperando a mi compañero de viaje, Marcelino, que era huérfano, pero tenía parientes en la capital provincial que lo invitaron a comer), el tren (ya guiados por el cura del pueblo, que se nos juntó después), las murallas de Ávila, doradas por el sol de la tarde, y el inquietante túnel de Guadarrama (la noche más noche en su interior), a cuya salida se nos ofreció una visión feérica: los pueblecillos de la Sierra y lo que debía de ser Madrid y sus alrededores en la lejanía, todos ellos iluminados, como si quisieran competir con las estrellas. Pero lo más alucinante fue el ajetreo madrileño, los anuncios de colores y los taxistas ofreciendo a gritos y con pitidos sus servicios, nada más salir de la estación del Norte, con la comprobación de un mito anunciado (“Madriz es comu un jormigueru de cochis y de genti, y tienin que paral los cochis pa que la genti pasi de un láu pa l’otru de la calli”).

En uno de aquellos taxis de color negro y rojo rematamos la extenuante jornada en un internado de los Hermanos de San Juan de Dios. Llegábamos ya cenados del tren, así que, tras deambular por un laberinto de pasillos, nuestro guía (auto-presentado como hermano Bartolomé) nos asignó dos camas en un dormitorio corrido para más de cincuenta adolescentes, en la penumbra provocada por el velador rojizo de un santo cristo. En apariencia todos los escolares dormían o, en todo caso, no se dieron por enterados de nuestra llegada. Sería al filo de la media noche. Seis o siete horas más tarde, sonó la chicharra que despertó a los durmientes, quienes al punto reaccionaron como autómatas, empezando a vestirse de sotana mientras recitaban la letanía mariana, se lavaban en una palangana, iban a los servicios primero (y eventualmente limpiaban el orinal usado para las aguas menores, porque el acceso al váter solo estaba permitido de noche en caso de urgencias mayores), antes de desfilar para la capilla. En ella despacharían de un tirón las primeras oraciones, la meditación y la misa, entreveradas de bostezos y cabezadas de sueño. Nosotros, como

“aspirantes” novatos, disfrutamos del privilegio de quedarnos en la cama. Sin saberlo habíamos asistido a la primera lección práctica de obediencia (quizá el voto más duro que se profesaba en las comunidades religiosas), cuya imperiosa exigencia se manifestaba con timbres, pequeñas alarmas, esquilas, campanillas, campanas o simples palmadas; para cualquier acto que saliera del horario establecido había que pedir permiso.

De la noche mágica ya no quedaba ni rastro. Nunca volvería a sentir algo semejante, aunque con ayuda de la imaginación, podía evocarlos en los pequeños espectáculos de luz y sonido de los belenes navideños que “Poli”, el pintor de brocha gorda, montaba para el millar de habitantes (religiosos, niños enfermos, escolares, empleados) de aquel enclave de Madrid que era el Hospital-Asilo de San Rafael.

Marcelino y yo entrábamos en un extraño mundo por iniciativa del párroco de Robleda, Julián Mateos Plaza, natural de La Encina, que todavía no tenía la fama de déspota y mujeriego que después adquirió. Siempre le estuve agradecido por haberme sacado de entre los terrones y del olor a cagarrutas, del polvo y las infinitas moscas pegajosas. Colaboraba con los religiosos reclutadores de vocaciones para sus instituciones, que en la mísera España de la posguerra y hasta los años sesenta echaban sus redes en los medios rurales y conseguían una pesca milagrosa entre los niños espabilados (“por lo menos me los educan”, se justificaba “Don Julián”). Desde luego no era peor persona que otros vecinos, responsables y ejecutores de asesinatos y causantes de estragos que me repercutían personalmente.

Al salir de mi hogar, dejaba una familia recompuesta, pobre y reducida a la mínima expresión, debido a la represión franquista, que se llevó por delante a cuatro varones, el primer marido y tres hermanos de mi madre (M^a Antonia Ovejero García, la mujer más admirable que he conocido, por su inteligencia, coraje y sentido innato de la dignidad), a quienes se añadieron como víctimas indirectas otras cinco personas, todas muertas durante la guerra (una hija de mi madre, fallecida a los tres meses de nacer en 1937, una hermana y un cuñado en 1938, un sobrino, hijo de estos, en 1939). Después vinieron las panzadas de hambre con las que generosamente Franco obsequió a los españoles, entre los

cuales ya me contaría yo mismo desde 1943, hijo del segundo matrimonio de mi madre (con Juan Iglesias Muñoz, que era realmente una buena persona; lo descubrí mucho más tarde). Y a pesar de que era una boca más que alimentar (“un alhaja con dientes”, bromeaba Juan), fui bien recibido en la fratría (Tasio, Pepa y Félix) y siempre me sentí querido de todos (incluida Teodora, una prima huérfana que se crió con nosotros y vive todavía en la emigración de Francia).

Recuerdo bien los últimos coletazos de aquella plaga, que determinaría “el racionamiento”, acentuada por las estrecheces del bloqueo internacional de España, y solo paliada en los pueblos de la Raya con el contrabando de Portugal, que era un mísero recurso, aunque los traficantes de verdad prosperaban con el comercio ilegal de wolframio, dinero (o joyas) en oro y plata, manadas de ganado, máquinas de coser, etc. Este no era el caso de los vecinos del barrio donde vine al mundo, casi todos cuales participaban en esa aventura peligrosa (los guardias requisaban los “mactos” y tiraban a dar sin piedad contra los fugitivos), tanto que desde entonces sería conocido como “El Portugalillo”. Era una experiencia que, en el internado, hacía bastante liviana la perspectiva del voto de pobreza (tenías todo lo necesario, pero no eras dueño de nada).

En la escuela aprendí a leer y las operaciones básicas de aritmética con un maestro interino, que me recibió con una bofetada monumental en la primera lectura (por “leer de memoria”, según explicó y yo no entendí) y después llegó a darme algunas clases particulares gratuitas, cuando dejé de ir a la escuela y él ya no ejercía la docencia más que para los niños del médico y de algunos “riquinos” del pueblo. Era un falangista borrachín, que no había terminado la carrera, pero muy inteligente. Hablaba bien de Cervantes, según él habitado por una insaciable curiosidad intelectual. Al cabo de un año llegó otro maestro que había sido alférez provisional con el cual no aprendí absolutamente nada. Así que no me costó gran cosa que mi padre me llevara de ayudante de pastor a los diez años, una carrera que el citado párroco interrumpió para que participara en representación de los niños de la escuela en un certamen de catequesis y liturgia con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952, aunque esto sería después, teniendo yo 10 años), junto con una niña que representaba

a sus compañeras. Quedamos subcampeones en Fuenteguinaldo (ganaron los candidatos locales por favoritismo del árbitro, o sea el obispo, según “Don Julián”).

Aquella hazaña me abrió la posibilidad de estudiar con los frailes. En el internado madrileño, ubicado entre el paseo de La Habana y las calles de Serrano y Concha Espina, cerca del estadio del Real Madrid (se oía al público cantar sus goles), nada más entrar te hablaban de la “vocación”, pero se estudiaba el bachillerato, con exámenes “por libre” en el Instituto de San Isidro. Prácticamente, esta era la única salida anual de los muros de la “escolanía” durante el curso, aparte de excursiones culturales en primavera o visitas de belenes por Navidad y de monumentos y procesiones por Semana Santa. Durante las vacaciones del verano, visitábamos y ayudábamos a nuestras familias en las faenas agrícolas tres semanas, entre julio y agosto, y eventualmente recorríamos los pueblos serranos cercanos a Los Molinos, donde los Hermanos tenían casa para los niños del mencionado Hospital-Asilo. En algunos de aquellos escarceos serranos nos asomábamos a las tapias alledañas a la Basílica del Valle de los Caídos, en las cuales existían barracones para los presos republicanos que remataban la explanada de entrada en el edificio. Tuvimos el privilegio de ver por televisión la inauguración de este lamentable símbolo de la auto-glorificación franquista, gracias a que nuestro Asilo, por lindar con las instalaciones de TVE, fue de los primeros en beneficiarse de sus servicios (1956).

La distribución del tiempo en aquella institución se organizaba, por días y semanas, en torno a tres núcleos: las actividades religiosas (rezos, meditaciones, misas), los estudios y el recreo, con juegos o deportes que para mí eran un verdadero alivio. Pero, obviamente, incluía espacios para la higiene personal, las cuatro comidas (incluida la merienda) y la satisfacción de otras necesidades, la limpieza, etc. El horario estaba milimetrado, a la manera castrense. Allí sufrí mucho y también disfruté bastante. Desde que ingresé ya no volví a vivir con mis padres sino contados días, semanas o meses al año hasta que ellos mismos fallecieron (mi padre en 1980 y mi madre en 1991). Casi todo lo que pasaba por la mente o el cuerpo podía ser pecado o pecaminoso, especialmente

en materia de castidad, lo cual generaba un sentimiento casi permanente de culpa, cuyas secuelas quizá nunca hayan sido superadas. No recibí malos tratos físicos ni los vi aplicar a nadie, ni observé las sevicias o privaciones de que se habla en internados análogos; en cambio, además del lavado de cerebro sobre el nacional-catolicismo y sobre la vocación, había castigos mezquinos y humillantes (comer de rodillas en el refectorio o besar los pies a los compañeros, pedir perdón de rodillas u otras prácticas parecidas por insustanciales deslices de conducta o como “pruebas”, aunque todo esto era excepcional y a mí personalmente apenas me afectaron). En el lado positivo, recuerdo la afección distante (“amarse, pero sin tocarse”) de los religiosos y la camaradería igualitaria de los compañeros (entre ellos Manuel García Viejo, médico, que murió en Madrid, 2014, infectado del virus del ébola en Sierra Leona). Estaban prohibidas y vigiladas las “amistades particulares”, pero a posteriori me he dado cuenta de que en el colectivo de adultos sin duda había bastantes individuos sin salir del armario.

Este *modus vivendi* se llevó por delante mi adolescencia y parte de mi juventud, en un periplo de estudios y de cuidados sanitarios que, además de San Rafael, incluyó etapas en la “escolanía” de Palencia, aldea del Sanatorio Psiquiátrico, cerca del Canal de Castilla; el hospital de niños en Santurce (ría de Bilbao), donde descubrí el mar con sus galernas; el hospital psiquiátrico de Santa Águeda (Mondragón, Guipúzcoa), sito en un antiguo balneario que conservaba la cama de Cánovas del Castillo, allí asesinado, en la cual, movido por un ramalazo de anarquismo o por un estúpido capricho, me permití una siestecilla; la casa de León *in fieri*¹; el sanatorio marítimo infantil de Gijón, casi lindante con la playa; y la clínica de Burgos. De haber seguido por aquella senda, en cumplimiento del voto específico de hospitalidad, podría haber terminado de enfermero, ATS² o médico, sacerdote o misionero, pero no fue así. Después de pensarlo bien,

¹ Locución latina que significa “haciéndose”, “en construcción”. (N.E.)

² Siglas de Ayudante Técnico Sanitario, denominación que englobaba a matronas, practicantes y enfermeras en España en el tercer cuarto del siglo XX. (N.E.)

dejé la Orden Hospitalaria y me decanté por los estudios de Letras en la Universidad Complutense de Madrid (filología clásica e hispánica, aunque solamente culminé esto último), porque era al mismo tiempo lo que más me gustaba y lo más asequible para quienes habíamos seguido aquel camino quebrado de la vocación religiosa. Salíamos de la Institución con lo puesto, el día y la noche por capital del presente y el porvenir encomendado a la clemencia divina. No teníamos derecho a reclamar nada, pues, según argumentaban, aquella vida la habíamos elegido y la dejábamos por nuestra voluntad, el lavado permanente de cerebro en la adolescencia no contaba y, en último término, los eventuales años de servicios hospitalarios amortizaban los estudios y la formación recibida. Así que, en paz. Nunca he mendigado los derechos que tuviera por el tiempo allí empleado (decreto 432/2000) ante el Estado Español, que también me debe el año y pico que perdí en el servicio militar obligatorio.

Estudí casi de mi milagro, sin becas ni otras ayudas oficiales, ni siquiera la posibilidad de cumplir “la mili” en las milicias universitarias durante las vacaciones del verano, pues para todo ello era necesario cancelar los “antecedentes penales” familiares y abjurar de posibles opiniones contrarias al Régimen, horcas caudinas a las que no quise someterme. En aquella cruda travesía, que ya era como un tercer nacimiento en mi existencia, conté con la ayuda y el consejo de mi mejor amigo: Gilberto Pitcairn Estrada, un auténtico caballero errante entre este y el otro mundo, protestante, católico, humanitario. Fue una persona admirable que, habiendo sido heredero de una próspera fábrica de cerámica en Sevilla y recibido una sólida formación universitaria en Inglaterra, se hizo pobre, fue misionero en África, cuidó leprosos y otros enfermos, para terminar su vida de asceta, retirado en su propia casa. Antes de fallecer en 2010 nos dejó a mi esposa Françoise y a mí una carta con entrega póstuma (“cuando recibáis esta carta ya estaré en el corazón de Dios”). Había adoptado por amigos a todos los miembros de nuestra numerosa familia hispano-francesa. Y fue padrino de nuestra hija Cécile. De cuando nuestros caminos bifurcaron, debido a la instalación definitiva de nuestro núcleo familiar en Francia, conservamos una copiosa correspondencia. Después, lo visitábamos en San Sebastián, Tolosa y

Andoain (Guipúzcoa) y esporádicamente en Puertollano. Más tarde, ya enfermo, meditaba más y escribía menos. Las últimas visitas que le hicimos nos dejaron anonadados. Con mi modesta medianía física, en los años sesenta apenas sobrepasaba la altura de sus hombros; al fin de sus días, lo había consumido la enfermedad que minaba su salud, de tal modo que podía ver por encima de su cabeza. Se lo hice notar, y me respondió con una sonrisa.

Gracias a este guía, mientras cursaba los estudios universitarios, por libre o como asistente por intermitencia, conseguí ganarme la cagada de lagarto, con clases particulares y en la academia Vox (Gran Vía, Madrid) u otros centros análogos. Antonio Gala, que había sido director de este centro privado y tenía allí buenas relaciones con españoles y extranjeros donantes o receptores de clases de idiomas o de cultura, me puso en contacto efímero con personas muy conocidas del amplio abanico artístico-literario madrileño. Algunas de ellas se reunían en casa de Pedro José Altuna, antiguo alumno de dicha academia, que tenía despacho en el ministerio del Interior y me facilitaba billetes gratuitos para el teatro y el cine. Para el pueblerino montaraz que nunca he dejado de ser por completo ciertas figuras femeninas, sobre todo, eran divinidades de un firmamento lejano que, después de la actuación, se acercaban a compartir con míseros mortales los platos de los bodegones y el vino que los acompañaba, que al fin tampoco eran cosa del otro mundo, a pesar de lo cual, los despachaban con el mismo entusiasmo que sus admiradores terrícolas. Resultaba entretenido, pero en aquel mundillo rayano con la bohemia yo no conseguía hacer pie y tenía la impresión de que me asignaban el papel de gorrón. Así que poco a poco me fui centrando en lo mío, que eran los estudios y la docencia. Antonio, que, con toda sencillez y su pródiga palabra, seguiría yendo alguna vez con sus parejas al piso que Françoise y yo tendríamos poco después en el Barrio de El Pilar, casi me lo reprochó, o eso me pareció, y me pronosticó que, por mi orgullosa manera de ser, “recibiría muchos palos en la cabeza”. Acertó de lleno.

Después fui profesor en el colegio privado de Escuela Equipo, que admitía niños y niñas desde los párvulos hasta la enseñanza secun-

daria. Su directora, Pilar Méndez, tenía unos principios avanzados y generosos en pedagogía que en modo alguno alcanzaba a los sueldos de los profesores. He comprobado en otras partes que la prodigalidad con los alumnos, niños o adultos, suele tener ese efecto no deseado por parte de los docentes. En el saldo positivo se puede poner la acogida de mi hermano Tasio como hombre para todo, de su mujer (Julia) como cocinera y de los niños (José María y Marcelino) como alumnos. En lo que atañe a mi función, además del Latín en el bachillerato, me encargaba de dos asignaturas de las llamadas “Marías”, “la Formación Política (o del Espíritu Nacional)” y “la Educación Física”. Esto último incluía llevar a la piscina y a jugar al fútbol a los chicos (de las niñas se encargaba una profesora), lo cual no suponía un gran esfuerzo para mí; en cambio, se me hacía algo cuesta arriba lo de la “formación política”, pero he tragado sapos y culebras más gordas y toreado paradojas más severas.

En este colegio conocí a Françoise Giraud, mi futura esposa y madre de mis hijos, una francesita tímida, de tez sonrosada y transparentes ojos azules (“color de cielo cuando no hay nubes”), guapa y sin remilgos de mojigata. Era la tercera persona realmente buena en mi camino, el hada inesperada, la estrella polar de mi vida. Sin ella, quizá no me habría casado nunca ni habría podido culminar mis estudios ni, por supuesto, habría hecho carrera de docente e investigador en Francia, pues además de soportar mi humor cambiante y llevar el peso de la educación de nuestros hijos, me ha prestado su apoyo y colaboración en todos los trabajos profesionales, los cuales han dejado escaso hueco en mi agenda para otras actividades desde mi entrada algo tardía en la universidad. Hasta entonces había leído lo que me caía en las manos, aunque a ciencia cierta (*multum legendum esse, non multa*³) solo recuerdo tres libros que han jalonado mis lecturas: *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, en la niñez; el *Quijote*, en la adolescencia; la *Biblia*, en la primera juventud. Después he leído y estudiado en función de mis objetivos académicos: una licenciatura, una

³ Sentencia del escritor romano Plinio El Joven (61-112 d.C.) que significa literalmente “debe leerse mucho, no muchas cosas”, o también, “es mejor calidad a cantidad”. (N.E.).

tesina (sobre el léxico en la cultura popular de Robleda y ordenación de materiales) y tres tesis (una en la Complutense de Madrid, sobre dialectología, dirigida por Alonso Zamora Vicente, una de tercer ciclo, precedida de un *Diplôme d'Études Approfondies*, y otra “de estado” en la Sorbona de París, todo ello sobre lingüística general, onomástica y paremiología, bajo la dirección de Bernard Pottier).

Adquirí estos diplomas por necesidad y curiosidad intelectual, no por redorar mis inexistentes blasones, pero estoy orgulloso de haberlos conseguido, aunque en definitiva “solo sé que no sé nada”. No recibí regalos (ni convalidaciones) en Francia ni en España; me los gané a pulso. Guardo un recuerdo respetuoso y agradecido de las decenas y decenas de profesores y maestros que he tenido, a pesar de lo cual, también me considero bastante autodidacta (de ello me vienen las múltiples insuficiencias, las numerosas dudas y, quién sabe, algunos descubrimientos personales). En total, una veintena de años sin parar, simultaneando docencia e investigación, utilizando las vacaciones para la recogida de materiales, encuestas de campo y documentación en archivos y bibliotecas. Para la clasificación de la información, al principio, usaba medios rudimentarios (mis primeros “ordenadores” eran cajas de zapatos, después ficheros de madera), que requerían mucha aplicación para no trabajar en balde (una cautela siempre mantenida después, dado que soy bastante patoso en el manejo de los recursos informáticos). A este tenor, en los fines de semana y las interrupciones del curso redactaba las tesis y las publicaciones. Gracias a ello (títulos académicos, estudios publicados y experiencia docente) obtuve por oposición un puesto de catedrático en la Universidad de Orleans (1989), casi nada más terminar aquella maratónica carrera.

En consecuencia, esto también fue medio milagro por mi parte. La otra mitad fue obra de Françoise, profesora, moderadora y secretaria en toda mi andadura hispano-francesa, paliando mis señaladas deficiencias. Empezó por darme los rudimentos de francés en Madrid (dictados de *Le petit prince* de Saint-Exupéry, lecturas de clásicos franceses, traducciones directas e inversas), lengua de la que no sabía casi ni palabra a mis veinte años, pero la tomé como opción en el programa de Lingüís-

tica Hispánica, fiado en la competencia pedagógica de mi novia. Después no he publicado nada sin consultarla ni someterle mis textos en francés o descargar en ella parte de mis responsabilidades en la organización o participación en grupos de investigación (*infra*). Y así ha seguido en la jubilación, cuando he podido cumplir el compromiso adquirido con mis padres para la recuperación de la memoria histórica, siempre a mi lado en las labores de investigación y elaboración de ensayos para *La represión franquista en el SO de Salamanca* (2016), libro del que la considero coautora. Por ello figura su nombre en la dedicatoria, junto al de Luis Castro, asesor de historia, y la referencia genérica de mis informantes, que han sido los “archivos vivientes”, sin cuyo concurso la recuperación de la memoria histórica en la zona mirobrigense se habría quedado en agua de borrajas.

Françoise quería casarse, y yo quería complacerla. Nos casamos en Madrid el año 1970, de acuerdo con las leyes españolas y francesas; también “por la iglesia”, en la parroquia del Santo Cristo del Amparo, advocación muy adecuada a mi situación, pues por así decir no tenía oficio ni beneficio propiamente dichos. Françoise tenía algo más de estabilidad de empleo, apreciada por su formación pedagógica en la enseñanza de párvulos y primaria (Montessori, P. Faure), que dispensaba en francés, primero en la Escuela Equipo (Ciudad Lineal) y después en el Colegio de las Dominicas (C. Olivos, Moncloa-Aravaca), adonde acudían los herederos de las casas monárquicas española y francesa, que entonces eran todos remotos aspirantes al trono, así como los retoños de señoritos madrileños, militares y civiles, que no eran santos de nuestra devoción (la mía sobre todo), pero pagaban bien la clases particulares. Las monjas le hacían carantoñas porque estaba encinta.



Presentación de *La represión franquista en el SO de Salamanca*, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca, 14/10/2016.



Madrid, 26/09/1970.

La posibilidad de ir a Francia era una eventualidad para adquirir experiencia y conocimientos, hasta que un día un compañero de estudios se presentó en nuestro aludido piso, para decirme que una antigua profesora nuestra de gallego-portugués (Pilar Vázquez Cuesta) me ofrecía la posibilidad de ir como docente contratado a la Universidad Católica del Oeste (UCO), en Angers, pero había que decidirse enseguida, porque ya era octubre y el curso de 1971-72 había comenzado. En vista del poco halagüeño panorama laboral, sin otra novedad que una modesta beca (la primera en mi ya largo recorrido de estudiante) para colaborar en el fichero de citas para el diccionario de la Real Academia, no lo dudé, pero me costó algo convencer a Françoise. Como otros emigrantes, yo iría primero, después Françoise, en Navidad, nuestro hijo nacería en Francia, donde nos quedaríamos hasta el final del curso y volveríamos a Madrid para el siguiente. Pero nuestro gozo cayó en un pozo. El niño esperado venía muerto a los siete meses, estando ya en Francia la madre, que, según los médicos, debía esperar el parto natural, guardar reposo varios meses y, sobre todo, evitar en ellos un nuevo embarazo, que de produ-



Angers, 1984.

cirse tendría imprevisibles consecuencias. Cumplimos el protocolo. Un calvario. Había que quedarse en Francia otro año. Al volver de vacaciones tuvimos un accidente de coche, en el que quedó algo maltrecha Françoise. Al analizarla en Angers, nos anunciaron que estaba otra vez encinta, pero el embarazo solo era viable con el reposo y el cuidado permanente de un ginecólogo. Nuestra hija Cécile nació en plena primavera de 1973, y fue un regalo de la vida, como lo fueron los nacimientos, sin problemas, de Miguel (1975) y de Hélène (1983). Así se fue fraguando la estancia permanente en Francia.

Volviendo la vista atrás, mi prestación en la UCO (familiarmente “Catho”) no empezó ni se prosiguió tan bien como esperaba. A un colega inglés que me tiró de la lengua más tarde, llegué a ofrecerle un balance lacónico: solo había tenido allí dos días buenos, el de la entrada y el de la salida. Por supuesto, era un juicio injusto y se refería más bien a mi posición con respecto la Institución, pues tuve allí buenas relaciones con los alumnos, algunos excelentes, y con la mayoría de los colegas, en particular con la entonces directora de la sección de Español, Teresa

(o Trinidad) Orozco, una verdadera amiga, fallecida prematuramente. Pero aquella afirmación también resultaba inexacta. Propiamente, mi llegada a Angers, a finales de octubre de 1971, no fue nada excitante. Más bien agotadora, ya bien entrada la noche y en tren, con dos maletas llenas de libros que pesaban como tierra y un incómodo macuto con la ropa. Nadie me esperaba en la estación ni en otra parte. Sin ayuda de mozos, inexistentes, me costó Dios y ayuda arrastrar toda aquella carga por el andén, las escaleras y el vestíbulo, hasta un taxi, cuyo conductor fue incapaz por sus propias fuerzas de izar los bultos y requirió mi colaboración para ponerlos en el maletero. En el edificio de aquella universidad privada, creada en el siglo XIX con estatutos similares a las universidades pontificias españolas, me tenían reservada una pieza bastante amplia, pero me costó encontrarla. Aquello me recordaba algo de mi llegada al internado de Madrid en 1955.



Angers, orillas del río Maine, 1972.



Angers, Jardines del Mail en invierno, 1973.

La impresión se confirmó al día siguiente, en que me perdí la cena, por un error de cálculo en el horario. Aquí, pensé, cenan temprano, así que habrá que estar en el refectorio a las ocho. Cuando llegué, salían ya los comensales que allí pernoctaban: canónigos, teólogos dominicos y otros sabios eclesiásticos que eran directores de laboratorios científicos y algunos seglares desparejados (como yo en mis primeros tres meses). Uno de aquéllos, filosóficamente, me confirmó en una convicción que ya tenía: sin cenar se tienen menos pesadillas, pero el sueño se resiente del vacío en el estómago. El refectorio al que acudían decenas de profesores a mediodía, hombres y mujeres, no se parecía en nada al de la cena, reducido a la mínima expresión de los inquilinos habituales de apartamentos en las instalaciones del centro universitario o en pisos aleaños, todos varones y principalmente hombres de Iglesia, algunos reconocibles por la sotana y la mayoría por el clériman. Se disponían por mesas de a cuatro.

En mi primera cena creí que el azar me retrotraía a una de esas crueles caricaturas de la literatura picaresca, un verdadero cuadro con figuras salidas de otros tiempos, pues me correspondió alternar con el director del Laboratorio de Química, portador de un ojo de cristal y cojo de una pierna; el responsable de un magnífico atlas geográfico de los confines galorromanos de Bretaña, que sin razón aparente, mientras hablaba, se ponía rojo como un tomate hasta las raíces del pelo, caído por completo quizá a consecuencia de aquellos calentones; y un consumado especialista de Física que, por su altura y delgadez, hubiera podido competir con Don Quijote. Con algunas de aquellas eminentes y venerables personas establecí relaciones cordiales: un canónigo viejecito me pasaba la mitad de su ración de carne, el director del Instituto de Francés para Extranjeros me explicó el misterio de la alcachofa (cuando acabas de comer abulta en el plato el doble que antes de deshojarla) y un teólogo me reveló la peculiaridad del queso de Camembert (sabe mejor cuando, abandonado de la mano de Dios, se pone cremoso, y empeora con el exceso de medidas higiénicas, endurecido en el frigorífico). Y así sucesivamente.

Angers era una ciudad monumental y vetusta en los años setenta. En ella resulta muy visible la impronta nobiliaria y monárquica (los Plantagenêt, la casa de Anjou, el rey Renato), religiosa y militar, el pasado de su industria textil y la tapicería (principales manifestaciones artísticas son la ilustración del *Apocalipsis* del siglo XIV, en el castillo, y *Le chant du Monde*, de Jean Lurçat, en el antiguo hospital de San Juan), la horticultura y la viticultura. Bastante extendida a consecuencia de los jardines interiores, las calles dejaban una puesta en valor de sus construcciones emblemáticas (la catedral, la torre de la abadía de San Albino, el castillo medieval y renacentista, etc.), pero los servicios higiénicos domésticos (retretes y pozos negros al fondo de los jardines particulares), así como las aceras callejeras (con sospechosas aguas verdosas saliendo de no se sabía dónde) dejaban bastante que desear. A partir de las siete o las ocho de la tarde ya no se veía transitar un alma. En las primeras semanas llegué a echar de menos el ajetreo ruidoso de los paseantes madrileños. Para ver gente a veces me acercaba a la estación de marras y no me perdía el animado trajín del mercado sabatino, instalado en

la céntrica plaza de Leclerc, alledaña de unos jardines con arriates, estrechas avenidas, un estanque, un templete para la orquesta municipal, un café, un tióvivo para niños, que también podían disfrutar con paseos en burro o caballos enanos, mientras los adultos jugaban a la petanca. Llevaban un nombre alusivo al mercado de raigambre medieval (*Le Mail*). Todo ello ocupa una amplia explanada entre el Ayuntamiento y el Palacio de Justicia, con prolongación en la avenida de Juana de Arco, abierta al horizonte urbano del ferrocarril.

A pesar de este enclave casi versallesco, las primeras impresiones angevinas no me llevaban a cambiar la idea de volver a España cuanto antes. A ello contribuía la incómoda situación de extranjero. Tenía un permiso de residencia que al principio debía renovar cada tres meses, después cada seis meses y posteriormente cada tres años. Sospecho que los Servicios Generales de Información estaban al corriente de mis anodinos antecedentes españoles y mis inocuos movimientos en Francia, pues con motivo de mi nombramiento para la vicepresidencia de una asociación de onomástica, ya en 1981, la Policía me interrogó sobre los motivos de mis visitas quincenales a la Soborna, cuyo motivo estaba a la vista, con otras minucias por el estilo, y en 1984, al solicitar la nacionalidad francesa, de casi todos los extranjeros deseada, me preguntó por qué no me había nacionalizado antes, teniendo esposa e hijos franceses. A día de hoy sigo sin entender por qué en los años setenta, cuando viajaba de París a Madrid con mi pequeña familia en el tren de “La Puerta de Sol” (Talgo), nuestro equipaje era el único que la Policía española registraba sistemáticamente en Hendaya, sin reparo por despertar y asustar a dos niños pequeños que no entendían tantas prevenciones contra nosotros.

La idea de quedarme en Francia cayó como una fruta madura, al darme cuenta de que, legal y culturalmente, era el único extranjero en mi propia familia. Así que mi destino era ser un emigrante de verdad, para largo. La administración española ayudó lo suyo de forma mezquina al privarme, sin avisar, de la nacionalidad española cuando solicité la francesa (1984), que era requisito indispensable entonces para ser funcionario en el país vecino. Tardé en admitir esta posibilidad más de una docena de años y nunca he renunciado a nada, sin excluir el retorno, que

al final se ha traducido por una situación de equilibrio inestable y enriquecedor, en la que he tratado de ser fiel a la patria de mis padres y a la de mis hijos, en el plano cívico y cultural (en los otros aspectos me siento ciudadano del mundo y no implicado en nacionalismos identitarios ni patrioterros, aunque me interesan como objeto de estudio). Entre 1971 y 1984 no se me cerraron del todo las puertas de la Facultad de Letras de la Complutense de Madrid e incluso recibí alguna propuesta de otros centros universitarios para integrarme en la enseñanza española, pero ninguna llegaba en tiempo oportuno o resultaba satisfactoria para toda la familia.

En 1983 Cécile empezaba los estudios secundarios y Miguel la seguía de cerca. Françoise estaba encinta de nuestra hija Hélène. Íbamos a ser familia numerosa, y ello requería más espacio doméstico. Compramos una casita en un barrio nuevo (Lac de Maine), sin lujo pero agradable y relativamente holgada, con un pequeño jardín, rodeada de otros espacios ajardinados, senderos peatonales que habían sido caminos municipales y un lago artificial al fondo, buenas comunicaciones, un supermercado y centros escolares cercanos para los tres niños. En los años ochenta Angers en general cambió para bien, a costa de la subida de impuestos. Se renovaron barrios enteros, mejoraron sus comunicaciones por carretera (autopistas) y ferrocarril (tren de alta velocidad), se reactivó la navegación fluvial (turismo, deportes) y se instaló cerca un pequeño aeropuerto; se abrieron al público o se crearon parques y el cuidado de sus jardines le granjeó el epíteto de “floral”. Las empresas modernas se instalaron en la periferia, respetando el entorno, al menos en parte. En suma, se convirtió en una ciudad mediana, ligeramente inferior a los 150.000 habitantes, de reconocida calidad de vida.

Para la adquisición de dicha casa fue necesario un esfuerzo suplementario. Con mi sueldo no alcanzaba para asumir la hipoteca de quince a veinte años. Se había producido la crisis del petróleo durante la presidencia de Giscard d’Estaing (1974-1981), que, a pesar de su presunta competencia como antiguo ministro de Economía, fue incapaz de resolverla y, al fin de su mandato, su primer ministro, Raymond Barre, “el mejor economista de Francia”, había dejado la inflación en el 14%.



Charly, cerca de Lyon, 29/10/2017.

Los créditos hipotecarios para la vivienda, y no los salarios, subieron como la espuma, y los créditos complementarios superaban el 17%. Tuvimos que vender el piso de Madrid, con lo que nuestro anclaje en España soltaba una sólida amarra; pero no llegaba para financiar con solvencia nuestro proyecto. Una vez más, Françoise arrimó el hombro por encima de sus fuerzas.

Mi esposa había aprovechado los primeros años de Cécile y de Miguel para reciclarse como profesora de español, después de conseguir la licenciatura, sin mayores dificultades, pero no sin un renovado esfuerzo, a sus 33 años, una edad en que muchas personas se consideran incapacitadas para reorientar el curso de sus vidas. Durante una década fue docente contratada en colegios e institutos, además de participar en los cursos de verano del Centro Internacional de Francés para Extranjeros de la UCO y dar clases en la Escuela de Artes y Oficios, Centro de Formación de Profesores e Instituto Municipal. Y en 1988 consiguió las oposiciones para ser profesora titular de Instituto, con destino en Angers.

Por mi parte, además del servicio estatutario y de la preparación de tesis, en ese tiempo era encargado de curso en la Universidad estatal de la misma ciudad (antes había dado clases en la Escuela de Comercio). Modestia aparte, considero que ninguna pareja conocida de nuestro medio ha trabajado más que la nuestra (y con frecuencia sin retribución), pero Françoise me supera con mucho. Todavía le quedó tiempo para asumir la delegación sindical en su instituto casi durante una década.

A este precio nos instalamos en una plazoleta bautizada con el nombre de Eugène Pottier, el autor de la letra de *La Internacional*. Allí crecimos todos y empezamos a envejecer unos más que otros. Los niños hicieron estudios satisfactorios; Françoise y yo mismo conseguimos los objetivos propuestos. Íbamos de vacaciones a las costas de Bretaña, Asturias, Galicia, Cataluña, Comunidad de Valencia y Murcia. Casi éramos felices en los años noventa. Pero el azar nos dio otro garrotazo. Cécile, que se había casado en 1997, perdió a su primer marido (Lucian) al año siguiente en un aparatoso accidente de coche, cerca de Angers. Se nos quitaron las ganas de veranear en las playas. Para colmo el sol le daba mareos a Françoise y yo agarré un culebrón en Peñíscola, antes de optar por retirarnos a nuestros lares de Salamanca. Tardamos cuatro años en salir del bache moral. En aquella casita angevina, sin más terapia que el trabajo constante, esperamos mejores tiempos. Cécile, con Jean-Cyrille, nos dio nietos (Raphäel e Irène), Miguel, con Claire, también (Pablo y Esteban) y Hélène, con Amir, todavía está a tiempo de darnos esa satisfacción. Todos ellos se desenvuelven con ocupaciones estables, lo que en los tiempos que corren se podría considerar una bicoca, pero nuestros hijos en modo alguno han gozado de privilegios o favores (y menos de “enchufes” por parte de sus padres); se han ganado lo que tienen con su esfuerzo constante, conforme al modelo recibido.

Mi carrera universitaria no fue un camino de rosas, aunque globalmente resultara satisfactoria. En la Universidad Católica de Angers tenía un contrato de duración indeterminada, de tácita reconducción, pero en aquel centro las posibilidades de promoción eran reducidas, con un estatuto de los profesores mal definido y salarios inferiores al nivel de calificación. Aguanté en ella hasta que conseguí el diploma de “doctor

de Estado” con una tesis presentada en la Sorbona, iniciada en 1981 y acelerada a consecuencia de la ley de Alain Savary (1984), que preveía para 1987 la reducción de los dos niveles de doctorado en uno solo, aunque para opositar a catedrático en adelante sería necesaria además una habilitación para la dirección de investigación. A decir verdad, en la elaboración de aquellas tesis de Letras había colegas que echaban casi la vida entera, aunque el promedio se calculaba entre cinco y diez años. Después no se podían publicar, porque tenían mucha eslorra, y había que reducirlas. Así que, puestos a comparar, aquella ardua empresa venía a ser como la tela de Penélope, la tripa de Jorge (se estira y se encoge) o el cuento de nunca acabar. A pesar de ello, según mi director de investigación (B. Pottier), era mejor y más lustroso rematar aquel trabajo (1352 folios a doble espacio, repartidos en tres volúmenes). Me llevó más de un lustro, en el cual fue necesario olvidarse de distracciones y diversiones, e incluso privarse de vacaciones dos veranos seguidos, en 1985 y 1986.

A mi llegada, la UCO atravesaba una crisis surgida a raíz de la Revolución de Mayo del 68. La universidad estatal de Angers habilitó nuevas secciones en sus facultades, creó otras, así como institutos universitarios, que arrastraron gran parte del profesorado y el alumnado de aquella institución católica. Sin embargo, después de capear el temporal, hacia 1975 ya había conseguido reanudar y renovar sus actividades, gracias quizá a donaciones privadas y a las ayudas de las instancias departamentales, regionales y nacionales de la Administración Pública, generalmente en manos de los partidos conservadores, aunque tampoco los socialistas deseaban su desaparición y respetaban su especificidad (la teología, sobre todo), como se demostró con la llegada al poder de François Mitterrand en 1981. Su radio de acción se extendía por todo el Oeste de Francia, los cinco departamentos del Loira (incluido el de la Vandea o la *Vendée*, históricamente conocido por las guerras de revolucionarios y contrarrevolucionarios entre 1793 y 1796) y los otros cinco de Bretaña, bastiones de un catolicismo moderado, sin marcado integrista. Por mi parte, nunca acabé de entender la paradoja de la “Catho”, pues siendo una institución privada “sin ánimo de lucro” que funcionaba

como un mosaico de media docena de institutos especializados (con docentes clérigos y laicos), cobraba suculentas matrículas a los alumnos y a los profesores (incluidos los padres de familia) les exigía un plus de abnegación salarial por una causa que no me parecía evidente.



Campus de la Universidad de Orléans-La Source, *UFR Lettres, Langues et Sciences Humaines*.

En aquella época la fe del practicante católico se había diluido en un agnosticismo indefinido, al tiempo que laboral y socialmente me implicaba en el sindicalismo autogestionario (CFDT), con abierta simpatía por los partidos de la *Union de la Gauche* (Izquierda), triunfante con Mitterrand al frente (1981). La frustración más que la ambición me llevó a solicitar un puesto de *maître de conférence* (titular) en la universidad estatal de Angers, donde en 1988 fui muy bien acogido por algunos colegas y menos bien por otros que tenían afinidades ideológicas con la Universidad Católica y eran más papistas que esta. Rechacé a última hora una propuesta de subida salarial en la “Catho”, aunque inicialmente

en el cambio no salía ganando. Así que, como reunía los requisitos para postular a catedrático, probé fortuna y fui admitido en las universidades de Burdeos y de Orléans al año siguiente (1989). Esta última era más compatible con la residencia de la familia, así que viví la experiencia de *turbo-prof*⁴ durante casi veinte años, subiendo y bajando en coche o en tren por el Valle del Loira (Patrimonio de la Humanidad), con la perspectiva de sus numerosos castillos en el horizonte. Pero esto no hacía menos incómoda la pernocta en el hotel una o dos veces por semana, hasta que mi generoso colega y amigo Jesús Fernández (de quien sin saberlo había sido vecino en Santurce) practicó conmigo la sexta obra de misericordia corporal (Padre Astete), aunque en su caso, además de la posada, también daba al peregrino una conversación amena y enriquecedora.

El ejercicio de mi función en Orléans, aunque no forzosamente por mis méritos, coincidió con el florecimiento de la Sección de Español, con un promedio anual en primer curso de unos cien alumnos (más del doble, si se tienen en cuenta los matriculados en Lenguas Extranjeras Aplicadas, que recibían una formación bilingüe, y los de segunda lengua de otras especialidades) y una quincena de profesores (sin contar los encargados de curso). Los especialistas preparaban el Diploma de Estudios Universitarios Generales (DEUG), Licenciatura, Maestría (después Máster) y Doctorado (en la Escuela Doctoral); y se explicaba el programa de las oposiciones para profesores agregados y catedráticos de Instituto. Se puso en marcha un plan de intercambio de alumnos (Erasmus) entre varias universidades francesas, inglesas y españolas (Pic Salomé), que dirigía el profesor James Durnerin (Angers). Cuando este colega y amigo fue nombrado catedrático de Orléans (1992-1994) me ayudó a crear y poner nombre al equipo de PROHEMIO (acrónimo en francés: *Programme de Recherche sur "Oralité, Histoire, Écriture" dans le Monde Ibérique, Orléans*), que entre 1993 y 2008 organizó trece coloquios internacionales y publicó sus actas en un órgano específico: los cuadernos

⁴ Expresión irónica francesa con la que a finales del siglo XX se aludía a los profesores de universidad que, residiendo en París, tenían su puesto docente en una universidad de provincias. (N.E.).

o *Cahiers du PROHEMIO*. Algunos de aquellos encuentros se efectuaron en El Rebollar y Ciudad Rodrigo, con el soporte de la asociación cultural de Documentación y Estudio de El Rebollar, de la que yo mismo era presidente cuando solicité la jubilación, conservando el título de catedrático emérito (2008).

Con anterioridad, durante y después de mi nombramiento en Orléans formé parte del equipo internacional que estudiaba los apellidos románicos (*Pat-Rom*, o *Patronymica Romanica*), que desde Tréveris (Alemania) pilotaba el profesor Dieter Kramer, principalmente en la comisión de terminología; colaboré e intervine en numerosos encuentros con lingüistas, onomásticos, paremiólogos e hispanistas de civilización y literatura clásica dentro y fuera de Francia y de España; publiqué numerosos artículos y algunos libros. La administración no me entusiasmaba tanto. Nunca fui candidato de nada; pero asumí las responsabilidades que me incumbían como presidente de la Comisión Local de Especialistas en la Sección de Lenguas Románicas durante una década, procurando no cometer desaguisados ni injusticias. A primeros de siglo en nuestra universidad se ensayaron los planes de Bolonia para 2010, que exigían reformas sin cuento y me dejaban exhausto. Aguanté hasta los 65 años, aunque hubiera podido jubilarme a los 60. Si por la docencia y la investigación hubiera sido, quizás habría prolongado mi actividad académica hasta los 70 años. En cierto modo y de forma gratuita, he seguido con ambas facetas en el marco del *Centro de Estudios Mirobrigenses* (2007-2018).

En suma, para mí la emigración, tanto interior como exterior, ha sido una necesidad vital enriquecedora por la que he tenido que pagar un costo elevado, con numerosos obstáculos y sacrificios. Para seguir adelante, además de la generosidad de mis padres, he tenido la suerte de encontrar personas buenas de verdad, Françoise Giraud sobre todo. Con ellas tengo deudas de agradecimiento, así como con mis maestros (Alonso Zamora Vicente, Rafael Lapesa Melgar, Manuel Carrión Gútiez, en España; Bernard Pottier, Maurice Molho y Robert Jammes, en Francia). La salida para Madrid fue parte de un éxodo rural tan generalizado, que sus huellas están a la vista en la despoblación y envejecimiento demográfico en la

España del interior. Mi actividad profesional en Francia no estaba prevista, pero tampoco se puede asimilar a un obligado exilio, pues contaba con la acogida del entorno familiar de mi esposa. En general, nunca me he sentido discriminado, aunque la condición foránea rara vez constituye una ventaja a la hora de competir. En la República Francesa descubrí la libertad que no tenía en España. Al país vecino le debo haber tenido una compañera, una familia propia y un empleo estable desde mi llegada hasta mi jubilación. Ahora bien, en Francia no atan los perros con longaniza, de modo que yo tuve que poner el sufridero, facultad que me legaron mis padres. No recuerdo haberme aburrido un solo día de mi vida; siempre en mi agenda me han sobrado ideas y me ha faltado tiempo para ejecutarlas, hasta ahora mismo.

Conseguí unos objetivos con los que no me hubiera atrevido a soñar de niño, pero desde la perspectiva actual pienso que podría haber tenido una carrera más brillante, si esto hubiera sido necesario y de hábermelo propuesto. Sin embargo ello hubiera supuesto estrujar más todavía la convivencia familiar, algo a lo que no estaba dispuesto por parecerme excesivo (seguramente mis hijos me ven como un padre trabajador y autoritario; y mis nietos como un abuelo distante e imprevisible, siempre ocupado en sus cosas, aunque eventualmente divertido y deportivo). Por otro lado, en el plano relacional debería haber sido más hábil y maleable, haber tenido más mano izquierda. Por convencimiento o capricho y afán de simplicidad he procurado evitar la mentira, el disimulo y la adulación. También por esto he pagado el peaje correspondiente.

Con la jubilación, Françoise y yo hemos adoptado un sistema de vida calcado sobre el mito de Proserpina. Pasamos los meses más cortos y oscuros del año en Francia, más cerca de nuestros hijos (aunque los tres viven lejos del hogar natal), y los meses más luminosos y largos en Robleda, donde “por mi mano plantado tengo un huerto”⁵. Es una incómoda posición, a caballo sobre dos países, con idas y venidas programadas o no. A este precio seguimos cultivando nuestra biculturalidad.

⁵ Verso de la conocida *Oda I (Vida retirada)* del poeta y humanista fray Luis de León (1527-1591).

Nos inspiramos también en el programa de los monjes de antaño (*ora et labora*). Retirados pero activos, desde hace más de diez años nos esforzamos por objetivos que nos han aportado satisfacciones morales y también frustraciones, sin ningún provecho material. La lucha por la cultura oral de El Rebollar, su peculiaridad lingüística (en situación agónica) y la recuperación de la memoria histórica han chocado con la inercia en reposo de una parte de la población en teoría interesada y de las instituciones de Castilla y León, con una muy insuficiente respuesta. Esperamos tener más suerte con el *Árbol paremiológico de los nombres propios más comunes y más extravagantes en español*. Es un proyecto de hace tiempo (en relación con mi tesis de estado en Francia) que desearía concretar, cuya realización necesitaría una hipoteca de otros diez años “en plenas facultades físicas y mentales”. Pero, ¿quién sabe de qué harina estará hecho el pan de mañana?